



LA ILUSTRACION BÉTICA

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

	PRECIOS DE SUSCRICION		
	AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE
Sevilla	48 reales.	26 reales.	14 reales.
Fuera	52 id.	28 id.	15 id.
Extranjero	62 id.	33 id.	18 id.

AÑO I.—NUM. III
 PROPIETARIO
AURELIO ORDUÑA
 Sevilla, 1.º de Mayo de 1881.

	PRECIOS DE SUSCRICION	
	AÑO	SEMESTRE
Cuba y Puerto Rico	72 reales.	38 reales.
Filipinas	80 id.	44 id.
Méjico y Rio de la Plata	80 id.	44 id.

REVISTA QUINCENAL

Han de saber ustedes, si no lo saben, que hubo sus amagos de inundacion despues de la Semana Santa, y que se aguó un tanto la solemnidad célebre de los majos y majas.

No es esto decir que no hubiera en el Prado de San Sebastian las indispensables casetas con todos sus pertrechos, ni que se quedaran las sevillanas sin bailar las idem con acompañamiento de pianos, guitarras, palmas, castañuelas y etcéteras, sino que hubo todo esto y mucho más; es decir, que hubo chapuzones y todo esto.

Los ingleses este año han caido todos en cama á causa de sus excursiones al Prado. Ellos, que venian ya preocupados desde Lóndres con los piés menudos de nuestras paisanas, han hallado la ocasion propicia para verlos *de cabo propio*, y, claro es, han perdido el pié y la chaveta.

Estoy seguro de que hay inglés que habrá comprendido mejor que ántes el por qué el poeta Tibulo era tan aficionado á los piés pequeños de su amada Glicere, la tejedora de guirnaldas del Lacio.

Tibulo en la Bética hubiera cantado en la mano y hecho excelentes exámetros con uno de estos piés andaluces.

* * *

¿Y qué viene ahora...?

Eso pregunta nuestra insaciable naturaleza humana á toda hora y en todo tiempo; pasan y pasan las horas con su cortejo de ilusiones y de acontecimientos diversos, y no se nos antoja parar la rueda.

Ya nos estamos preparando para Mayo, que está, como quien dice, tras de esta cuartilla, con sus treinta y un dias en blanco para que los llenemos de recuerdos, y con sus cruces vestidas de verbena y malvarosa.

¡Dos de Mayo! ¡Viva España!

«Oigo, patria, tu afliccion
 Y escucho el triste concierto
 Que forman, tocando á muerto,
 La campana y el cañon.

Bernardo Lopez García escribió estas décimas de modo que, despues de recitar cuatro versos, vienen todos los demás á la memoria; es, como si dijéramos, un cesto de cerezas de oro que se enredan unas con otras.

* * *

Mayo en puerta, estío á la vuelta; dentro de poco tendremos que tirar los trajes de entretiempo y empezar á ponernos frescos, porque... ¡esta Sevilla...!

Y como yo me he propuesto no dejar tranquilas á mis lectoras, y comienzan á venir los figurines de Francia, voy á repetirles unos cuantos pensamientos sobre la Moda, que se le han ocurrido á mi amigo Mas y Prat.

Hélos aquí:

PENSAMIENTOS Á LA Y SOBRE LA MODA

La Moda es una deidad caprichosa y exigente, que se sirve de la habilidad del artista y de la candidez de sus súbditos y devotos.

Su principal víctima es la mujer, más fácil de seducir y deslumbrar que el hombre. Eva comió la manzana; Adan siguió esta exigencia de la moda femenil en comestibles.

La Moda tiene firmado un tratado estrecho con el mercader y con el fabricante; siendo tal su poder en esta materia, que suele cambiar hasta el colorido de las flores á una florista-universal: la Naturaleza.

Como que los intereses del comerciante y de la Moda son solidarios, conciertanse para dar el golpe; y cuando, por ejemplo, se usan las rayas, dejan en cruz ó en cuadro á todas las telas nuevas de las fábricas del Universo.

Tambien suele ocurrir que los cuadros se truequen por los lunares, y entónces pasan éstos de la piel al vestido, y dejan una mancha oscura hasta en el cútis más deslumbrante.

¡Pues no le digo á ustedes nada de los trajes cortos ó largos! Cuando la vista se va acostumbrando á mirar piés como almendras y arranques de piernas dignos de los árboles del Paraiso, tira la señora Moda del telon, y, ¡saf! se queda el sexo feo con un palmo de narices, y las tiendas de calle Francos sin un palmo de telas de otoño.

Á lo estrecho sigue lo ancho, lo que prueba que la Moda tiene tambien su embudo; y para que se vea que caza, pesca y tiene gabinete de Historia Natural, no hay más que considerar que usa zancos sacados de los tacones de madera, que lleva chozos de tirar palomas, á guisa de peinado, sobre la cabeza, y que adorna las espuestas de cien reales, llamadas sombreros, con flores, avechuchos, mariscos y mariposas.

Suelen ocurrir en esto graciosos contrasentidos: una *golondrina* lleva sobre la frente un colosal caracol del Atlántico; una *pollita*, un ave de rapiña, y una hermosa *ninfa*-mujer, un grupo de ninfas-mariposas.

Cosa extraña: la otra tarde, paseando por las Delicias, nos hallamos una recién casada, cuyo sombrero estaba adornado de bábosas. Su marido, jóven y apuesto, llevaba un caracol de nácar en el puño de su caña de Indias.

Decididamente habrá muchos que declamen contra los caprichos de la deidad caprichuda; pero es lo cierto, que todos en ella hemos puesto nuestras manos.

Por lo pronto desafiamos á que haya un comerciante, un industrial ó un vendedor de naranjas que le arroje la primera piedra.

Su hija, la *Elegancia*, suele alguna vez retorcerla el pescuezo; aquí se cumple el refran: «Cria cuervos y te sacarán los ojos.»

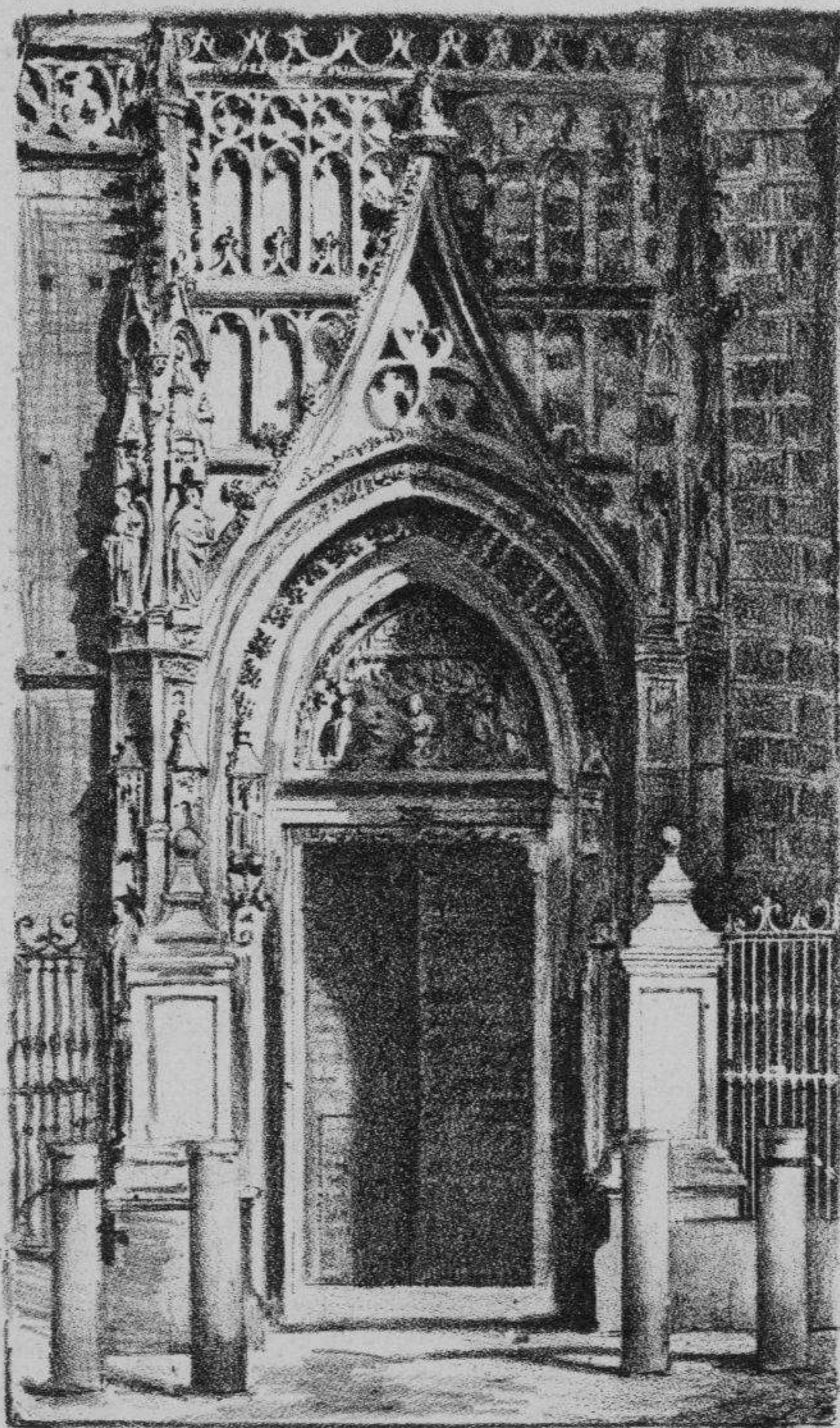
Hay quien asegura que el mejor vestido es el que no es vestido, y que una rosa es el mejor de los aderezos. Yo tengo para mí que esas son sutilezas de los reformadores, desde que oí la opinion contraria en boca de un mercader, un sombrerero y una modista.

Por otra parte, las rosas se marchitan, y puesto que se marchitan tambien las que las llevan, bueno es que se sustituyan por los diamantes rosas ó por las rosas de diamantes.

La *Elegancia*, que es tambien tiranuela, á la manera de ciertos hijos de emperadores, que tiran del bigote á sus papás en el sagrado de la alcoba, pone á la Moda en ridiculo publicando sus desaciertos y extravagancias.

Una elegante pollita, que sabe que posee la *ganga* de tener el pié *chico*, no permitirá que se lo agrande una genialidad de Chico-Ganga.

Una dama elegante tambien, que sabe que su mano es suave y pequeña, no cometerá la tontería de cortarse los dedos con los guantes.



SEVILLA.—Puerta de los Palos, en la Catedral.

EL DÓMINE LUCAS.

LA ISLA DE CHIPRE (1)

La isla de Chipre ocupa el tercer lugar, por su extension, entre las islas del Mediterráneo, siguiéndole en rango Sicilia y Cerdeña. Tiene de ancho cerca de sesenta millas, y de largo ciento cuarenta próximamente. Su superficie total puede evaluarse en cuatro mil millas cuadradas. Está atravesada en la direccion de su ancho por dos cadenas de montañas: la una, situada al Norte, corre á lo largo de la costa y da frente á las playas de la Caramania; la otra, situada al Sur, comprende el Olimpo ó Troodos, que tiene dos mil diez y ocho metros de elevacion. Entre estas dos cadenas se extienden las suaves planicies de Morpho y de la Mesorea; esta última bañada por el Pídias y de una fertilidad prodigiosa.

Al comienzo de la era cristiana la poblacion de la isla alcanzaba á un millon de habitantes. Hoy su número es considerablemente reducido, y aunque la falta de estadísticas nos priva de afirmar con datos seguros la actual poblacion de la isla, no pasa seguramente de setenta mil, entre los que pueden hacerse las siguientes distinciones:

11,900 griegos.
55,000 musulmanes.
1,000 maronitas.
900 armenios.
1,200 católicos.

TOTAL. 70,000

Las principales poblaciones de la isla tan grata á Eros en los tiempos mitológicos, son actualmente: Nicosia, con veinte mil habitantes; Larnaca, con nueve mil; Limasol, con siete mil, y Famagusta, con seis mil.

Los cipriotas son laboriosos y sóbrios; tienen en mucho su sol natal y las espumas de sus costas, y están adornados de un carácter dulce y apacible. El robo es poco conocido en la antigua isla de Vénus, y los crímenes son escasos y de poca importancia.

Las fiebres palúdicas é intermitentes reinan en la isla, con especialidad en los alrededores de Larnaca, Famagusta y Limasol; los anchos pantanos y las aguas cenagosas que cercan estas localidades causanlas frecuentemente con sus pútridos miasmas.

Los habitantes de Chipre aseguran que estas enfermedades sólo reinan cuando á una primavera húmeda y nubosa sucede un estio prolongado y ardiente; pero los extranjeros se ven atacados por este insoportable mal en todos los años y en todas las épocas. Ávidos de gozar la frescura de las noches de Chipre, cuya limpieza y encanto recuerdan las veladas de los trasnochadores de la Grecia primitiva, pasan las horas al aire libre, y contraen, sin apercibirse, el germen deletéreo de la enfermedad.

En general, el clima de Chipre es dulcísimo; en verano el calor es intenso, y en las llanuras de la Mesorea, que se halla al abrigo de los vientos del Norte, suele marcar el termómetro de 40° á 45° centígrados. Las lluvias comienzan generalmente á caer en el mes de Octubre, y suelen ser persistentes hasta el mes de Febrero: durante los meses de Marzo, Abril y Mayo, frecuentes chaparrones templan el ardor de los rayos solares y mojan la tierra, siendo muy raras las lloviznas de Junio á Octubre.

La isla de Chipre no posee un solo puerto en que las naves puedan hallarse al abrigo de los temporales: la rada de Larnaca, frecuentada por aquellas, está completamente abierta á los vientos del Sud-este, y la mar es en las costas poco profunda. Cuando soplan los vientos de este cuadrante todo desembarco es imposible. Los temporales reinan casi siempre durante los meses primero y segundo del año.

La rada de Famagusta está expuesta á los rigores del Levante y es muy poco segura cuando este viento domina. Es, sin embargo, el solo punto del litoral donde pudiera hacerse un puerto sin grandes gastos y sin muchas dificultades; las escolleras de rocas próximas á Famagusta pudieran utilizarse para este objeto, y la obra sería cómoda y barata y de fácil trazado.

Decíase que justamente en Famagusta pensaban los ingleses crear un puerto militar; pero hasta

hoy nada se ha realizado de tal proyecto y todas las naves echan el ancla en la rada de Larnaca, pequeña ciudad que absorbe casi todo el comercio de exportacion é importacion de la isla y la única que posee una escasa colonia europea.

Valiera más que antes de pensar en ocuparse de los penosos trabajos del nuevo puerto de Famagusta, cuidase Inglaterra de sanear los alrededores de esta ciudad, punto acaso el más enfermizo de la isla, cegando los pestíferos pantanos que la rodean y abriendo anchos canales á las aguas estancadas; de otra suerte verá mermarse sus marinos y sus obreros, víctimas de las fiebres palúdicas y perniciosas.

(Continuará.)

JOSÉ ANGEL SEGUÍ.

À MI QUERIDA SOBRINA

E. V. DE M.

Se elevó tu inteligencia
Desde su primer destello,
Ostentando el claro sello
De su origen celestial.
Y fué cual preciada esencia
Guardada en vaso de oro;
Que brilló, rica en decoro,
Tu belleza angelical.

Tu pensamiento se abria
À nobles aspiraciones,
La ilustracion altos dones
Brindó á tu solicitud;
Y el génio de la armonía,
Presentándote sus galas,
Prestó sus doradas alas
À tu ardiente juventud.

Él, espléndido camino
Mostró risueño á tu vista;
À tu corazon de artista
Profundo anhelo inspiró:
Y ese poder, que divino
El alma eleva y conmueve,
Grande admiradora, en breve,
Y alumna fiel en tí halló.

Nó: los maestros sublimes
Que asombro del mundo fueron,
Nunca á sus notas pudieron
Más digna intérprete hallar:
Que tú en sus obras imprimes
Nuevo timbre de grandeza,
Y puedes á su belleza
Hechizo nuevo adunar.

Presto tu hogar, donde acaso
Desterrada te juzgaste,
Trocar por otro anhelaste
Donde aplaudida lucir;
Y Mántua, abriendo á tu paso
Cien magníficos salones,
Las más justas ovaciones
Pudo á tus plantas rendir.

Mas hay un rasgo en tu historia,
Por tí ya dado al olvido,
Que en la memoria esculpido
Guardo con viva emocion:
Rasgo digno de alta gloria,
Que ha de ser, aunque lo ignores,
De tus coronas mejores
El más preciado florón.

Yo adiviné al escucharte
Por vez primera, el secreto
Que ahora mi labio indiscreto
Ambiciona publicar:
Sacerdotisa del arte,
Con generosa impaciencia
Anhelabas la existencia
En sus aras consagrar.

Alma grande y soñadora,
No bastaba que tu mano,
Cual la de un hada, al piano
Prestase vida y pasion:
De inteligencia creadora
Te animaba el sacro fuego;
Arrebató tu sosiego
La más alta emulacion.

Inspirada comprendiste
Del arte el rico tesoro;
Tu voz de timbre sonoro
Nuevo encanto logró hallar;
Los misterios sorprendiste
De celestial melodía
Que al génio sirven de guía,
Númen brindándole al par.

De afortunadas rivales
Triunfar en noble contienda;
Del estudio por la senda
Firme la ruta emprender;
Dejar obras inmortales
Como huellas de tu paso,
Para que sol sin ocaso
Lograra tu nombre ser.

Tal de tu espíritu inquieto
El grato sueño de gloria;
Empero fué la victoria
De más subido esplendor:
Comprendiste que en secreto
Tus dignos padres gemian,
Que ante tu anhelo sufrían
Amarga pena y temor:

Y benigna renunciando
À los triunfos que soñaste,
De tu amor propio triunfaste,
La paz volviendo á tu hogar.
El ángel Custodio alzando
Lleno de júbilo el vuelo
Debió, ya léjos del suelo,
Apacible murmurar:

«Con la razon por egida,
»Cual digna dama española,
»Ella ante el deber inmola
»Su más risueña ilusion.
»Cariñosa dió acogida
»À la voz del sentimiento,
»Que si es grande su talento
»Lo es aún más su corazon.»

Tal diria. Ya hoy alcanza
Tu bondad la recompensa:
Tu mansion de dicha inmensa
Colmada por Dios está.
Te sonrie la esperanza,
Y es tu vida, de amor llena,
Fuente que al correr serena
Retratando el cielo va.

No es, empero, tu destino
Velar para siempre al mundo
El génio que sin segundo
Logra tu pecho sentir.
Que no del arte divino
Tu abnegacion fué en ultraje:
Aún puedes digno homenaje
Ante sus aras rendir.

En deudos y amigos fieles
Benigno auditorio miras:
Alta admiracion le inspiras,
Sincero su elogio es.
¿Qué te importan los laureles,
Envidia del vulgo y pasmo,
Que universal entusiasmo
Rendir pudiera á tus piés?

Al lisonjero murmullo
De aplausos atronadores
Brinda el mundo cuantas flores
Puede el artista anhelar.
Mas aunque el humano orgullo
Ellas tal vez satisfacen,
Son más puras las que nacen
À la sombra del hogar.

El hogar es templo, Emilia,
Donde en apacible calma
Digno culto puede el alma
Rendir al más santo amor:
Al amor de la familia,
Que inmortal nos ennoblece
Y nuestra ventura acrece
Y amengua nuestro dolor.

Tú lo sabes: hija tierna,
Dulce madre, casta esposa;
¿Hay alguna que dichosa
Más que tú lograra ser?
¡Gloria!... La tuya es eterna:
Que, en tu nombre siempre fijos,
Aun los hijos de tus hijos
Aplausos te han de ofrecer.

Fuente que bulle entre flores
No aspire á soberbio rio,
Que del audaz poderío
Van las desdichas en pos.
Espíritus soñadores,
Buscad, de ambicion ajenos,
El elogio de los buenos,
Las bendiciones de Dios.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

Madrid, Setiembre de 1879.

EL MONUMENTO DEL DOS DE MAYO

À MI AMIGO EL CORONEL DE ARTILLERÍA

EXCMO. SR. D. FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA

SONETO

Contempla ese elevado Monumento,
Página insigne de preclara historia,
Página que reuerda á la memoria
De DAOIZ y VELARDE el ardimiento.
Mas no el que exige sacrificio cruento
En los altares de mentida gloria,
Y al proclamar del fuerte la victoria
Quizá olvida su torpe fundamento.
Nó; los que mueren á la Pátria fieles,
Si alcanzan en egrégia sepultura
Brillo inmortal de bélicos laureles,
Esa pompa, ese mármol te asegura
Que no siempre buriles y cinceles
Del hombre ensalzan la feroz locura.

LUIS VIDART.

(1) Traducido libremente del francés.



«JOSEFINA PASQUA.»
Dibujo de D. TOMÁS POVEDANO (de fotografía).



LOS PILLUELOS DE SEVILLA

Desde que Miguel de Cervantes Saavedra escribió su famosa novela *Rinconete y Cortadillo*, verídico cuadro de costumbres truhanescas, que pinta á las mil maravillas las graves ocupaciones de los muchachos callejeros, el pilluelo de Sevilla adquirió cierta personalidad indisputable en el Baratillo y el Barranco, y pudo señalarse con el dedo.

Los chicos esportilleros que se ocupaban en llevar en sus cestas y costales el producto de la compra de los aficionados á la azulada sardina, al robusto sábalo y á la rechoncha patata; que solían ofrecerse y se ofrecen aún al consumidor en los indicados sitios y en ciertas solemnidades, son los mismos que hoy se dedican á otras industrias más fáciles y llevaderas, y usan, como aquéllos, la gorrilla terciada, la camisa sucia, los piés descalzados y las uñas largas.

¿Ha habido progreso en sentido moral en estos pequeños desheredados de la falange social, y lo que no han perdido en gracia y desenvoltura lo han ganado en honradez, instrucción y sanas costumbres?

Estudiémoslos, y podremos darnos alguna respuesta.

El pilluelo de hoy procede como el del siglo XVII; no tiene casa ni hogar; esquiva toda ocupación metódica y continuada; sirve muchas veces de instrumento á las Asociaciones tenebrosas que se dedican al robo ó á la estafa, y suele trabajar por su cuenta en la Feria y en el Barranco con el consabido costal y la histórica espuerta. Competidores de los hijos de Galicia en las cargas de menor calibre, se empujan en la estación ó en las paradas de simones, solicitando llevar la maleta ó el saco de noche del viajero, y suelen de vez en cuando escabullirse, como el famoso cortador de antiparras de Cervantes, para mermar el saco del prójimo detrás de una esquina ó dar un avance á las provisiones de boca.

De la misma manera que su antecesor del siglo pasado ofrecía fuego al transeunte en su enorme torcidón encendido, ó penetraba en la botillería, á presentar el ramo de *miramelindos* á la currutaca y al currutaco, ofrece hoy las cerillas del Globo ó presenta sus *bouquets* de camelias á nuestros pollos vestidos á la inglesa: aquéllos no conocieron á sus padres; éstos no recuerdan más caricias ni más rostros maternales que los de las Hermanas de la Caridad ó los de las aristocráticas devotas de San Vicente de Paul.

Los grandes adelantos de la época apenas han influido en su aspecto ni en las inclinaciones de su ministerio truhanesco.

Si antes jugaban á cara y cruz en las gradas de la Catedral, en los escalones del Baratillo ó en los asientos adosados al muro plateresco de las Casas Consistoriales; si se deslizaban bajo los portales donde aún se refugia el tipo ya antediluviano del covachuelista, hoy siguen los mismos juegos con las piezas de cinco céntimos en la Plaza Nueva ó en el Duque; se han trocado las estampitas de D. Crispin por los cromos alemanes, y los astrosos naipes de Rinconete por las barajas sobrantes de Olea, que compran por cuatro cuartos en los casinos y en las casas de ázar, á donde suelen conducir *caballos blancos* ó *habaneros*, como antes conducían *novatos* ó *indianos*.

Dicho sea en honor del progreso: los pilluelos del tiempo de Cervantes, ni aun los de la época de Costillares, vendieron jamás billetes de lotería ni sobres de cartas para soldados; estas industrias modernas pertenecen de derecho á los pilluelos de nuestro siglo, y no es nuestro ánimo deprimirlos ni menoscabarlos. La venta de los billetes de lotería tiene para ellos un notable aliciente. El ingenio puede revelarse con facilidad, y la propina que representa la venta de un décimo, depende de un trabajo especialísimo en el que entra por mucho el arte de Lavater y de Gall unidos en una pieza. El chico vendedor de billetes tiene que estudiar el carácter del comprador, adivinar cuáles son las combinaciones numéricas que le son simpáticas, saber hasta qué punto debe rogar, retirarse ó dejar como abandonado el billete; escudriñar, en fin, si le son propicias las imaginaciones del que ataca ó si el estado de su ánimo le permite soñar en el premio gordo, que él cuida de mostrarle en lontananza. Una pieza de perro grande, si el billete es de la

lotería nacional, ó un perro chico, si el décimo pertenece al Asilo del Pardo, son el premio de cada estudio fisionómico ó frenológico felizmente practicado.

Únicamente en este punto hallamos un rayo de moralidad que puede proyectarse sobre esas cabezas juveniles y picarescas. El pilluelo bajo este último aspecto no es más que un comerciante que compra á algunas horas fecha y que tiene que pagar su mercancía al lotero, reservándose el tanto por ciento del cambio. Por una caprichosa combinación social, el juego, que suele ser venero de inmoralidad para el pilluelo en todas sus otras manifestaciones, viene á darle aquí motivo de regeneración y lección provechosa. Cuando no devuelve religiosamente el dinero de los billetes vendidos flaquea su crédito comercial y no encuentra quien le abra nueva cuenta.

En el mismo caso se halla el revendedor de billetes de espectáculos, industria que les es asimismo peculiar y que se verifica en condiciones muy semejantes.

El principal escollo de estas ocupaciones subsiste apesar de todo, si se atiende á que el hábito de *vagüear* no se quebranta con este comercio *sui generis* y por todo extremo peligroso. Los comerciantes de billetes no trabajan y ganan poco: el vicio los persigue en su mismo mercado, y cuando los sorprende la juventud con su cortejo de pasiones, tienen el peor de los sibirismos; el sibirismo de la miseria.

Entonces se borran de nuevo las escasas diferencias que enlazan al pilluelo del presente y del pasado, y entran unos y otros en el triste concierto de la culpa. Rateros, esportilleros y revendedores se confunden en ese tipo genérico conocido con el expresivo nombre de *granuja*, que escamotea con la misma facilidad un racimo de uvas que un pañuelo perfumado; que lo mismo hace provision de puntas de cigarro que de moneda falsa y turrones de azúcar.

Aquí podemos seguir el paralelo sin que encontremos la menor diferencia. El granuja del siglo XVII se levanta con el sol y duerme bajo el portal ó en el porche de la Iglesia; el de nuestro siglo tiene tan sólo una tendencia más, desea que el sitio en que ha de pernoctar pueda llamarse suyo, á la manera de aquel elefante de madera que nos habla Víctor Hugo al describir las costumbres del pilluelo Gavroche.

En Sevilla hay diversos ejemplos que demuestran esta tendencia, basada inconscientemente en algun aforismo de Proudhon. Los muchachos vagabundos de Sevilla han hallado un extraño albergue en lo más céntrico de la capital: el tablado levantado para la música en la Plaza Nueva.

Desclavando ingeniosamente una tabla de sus costados, y aprovechándose de aquella especie de foro teatral, se deslizan como gatos por la abertura practicable y toman tranquilamente la horizontal durante la noche en aquel cuartel de invierno. Los diálogos que suelen entablarse entre los huéspedes suelen ser entretenidos é interesantes. Aquella es su casa, la han tomado por derecho propio, de igual manera que Colon, Cortés y Pizarro tomaron posesion de las inmensas sábanas del Nuevo Mundo. Con el mismo derecho y por los mismos trámites tomó también plaza en unas colosales tinajas vacías de calle Varflora otra mesnada de granujillas, que habitan bajo sus cúpulas de barro, semejantes á las de un palacio encantado de sabandijas.

Cuando lleguen á la edad de la razón, ó, mejor dicho, de las pasiones, tendrán acaso palacios más cómodos y ventilados.

El Pópulo ó el Saladero.

Ellos se tienen la culpa.... ¿por qué nacieron sin madre...?

BENITO MAS Y PRAT.

UN EPITAFIO

(Conclusion.)

III

Pasaron seis meses más.

Durante ellos, tuve anginas; hice algunos viajes de esos que, quizás por antifrasis, se llaman *de recreo*; jugué á ese juego, no prohibido, conocido por el nombre de Lotería Nacional; estuve á punto de dejarme casar—esta vez sinónimo de *cazar*—por *cier-*

ta licurga, madre de *incierta* doncellita trasnochada; consentí que me sacaran dos muelas, echando en olvido aquel soneto de Quevedo que termina:

«Pues quitar el dolor quitando el diente,
Es quitar el dolor de la cabeza
Quitando la cabeza que lo siente;»

presté veinte duros á un amigo, y gracias á ellos, me convertí en *primo* suyo; fundé un periódico literario que llegó á tener tantos suscritores como redactores, ¡y éramos cinco!; compré papel de la Deuda, que más me hubiera valido comprarlo de estraza; tomé dinero al módico interés de un sesenta por ciento, si bien es verdad que el interés era *compuesto*, siendo yo solo el *simple*, é hice otras mil majaderías por este estilo; pero nó el epitafio de marras.

—¡Mañana lo haré!—seguía pensando diariamente.

Hasta que llegó *mañana*, y se escribió el epitafio: que sabido es que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, por más que acerca del último extremo del adagio haya mucho que hablar, ántes de resolverse á darlo por verdadero.

Comparo yo la construcción de ciertas obras literarias con la de las obras de arquitectura. ¿Se trata de edificar una casa? Mal podría fundarse un piso sobre otro, hasta dejar terminada la azotea ó la bohardilla, si ántes no se levantara una andamiada, subidos en la cual puedan los albañiles ir colocando piedra sobre piedra. ¿Es usted escritor, está alegre y regocijado porque ha muerto su suegra, porque ha conseguido usted un destino de seis mil reales con descuento, ó por otra causa análoga, y tiene, sin embargo, necesidad de escribir una elegía que rebose suspiros y lamentaciones por todos sus versos? Pues no hallará á mano otro recurso que el de ponerse en condiciones de sentir lo que ha de ser escrito, y entristecerse y afligirse, bien pensando en los hijos de la pérfida Albion—vulgo *ingleses*,—bien imaginando que la suegra de usted ha resucitado, ó bien haciéndose cuenta de que es usted mujer, soltera, y fea y pobre por añadidura, y ha llegado á los

«Malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños,»

sin hallar un cristiano que tenga el mal gusto de decirle: «Buenos ojos tienes.» En una palabra: tiene usted precision de construir un aparato imaginario, que podríamos llamar *andamio moral*, si ha de fabricar con algun acierto su edificio literario, terminado el cual, puede usted echar por tierra el andamio y volver á pensar con la delicia de las delicias en la muerte de mamá-suegra, ó en la consecucion de su pingüe destino.

Á esta inspiración artificial recurrí yo, al año justo de haber muerto la jóven esposa de H, para escribir el malhadado epitafio.

Comenzaba la noche. La indecisa luz del crepúsculo y la de mi pequeño quinqué se mezclaban y confundían, bañando mi habitación en una extraña claridad. Puestos los codos sobre mi mesa, y la cabeza entre las manos, cerré los ojos; solté, mediante un esfuerzo de mi voluntad, las endebles ligaduras con que amarrada estaba *la loca de mi casa* á los barrotes de mi razón, y empecé á construir el andamio moral.

Fantásticos panoramas; cánticos inauditos; ruidos de alas; chasquidos de besos lejanos; procesiones de recuerdos, vestidos con sendas túnicas de color de ceniza; bandadas de ilusiones del color de las auroras; ayes de desesperación; lucecillas pequeñísimas, de mil formas y colores; mares de lágrimas, sin fondo y sin orillas; monstruos, nunca vistos ni clasificados por ningun naturalista, que abrían y cerraban acompasada y ruidosamente sus disformes y deformes bocazas; cohortes de ángeles que, esbeltos y resplandecientes, tendían las sonrosadas alas por la diáfana bóveda del firmamento; todo esto y un millón de cosas más comencé á ver y oír con los oídos y los ojos de la fantasía.

Después, todo desapareció: de aquel revuelto y confusísimo caos, sólo quedó ante mí una niebla oscura é impenetrable que, desvaneciéndose poco á poco, me permitió contemplar un fúnebre cortejo que acompañaba á la última morada el cadáver de una preciosa jóven, cuyos rasgados ojos, que los entreabiertos párpados dejaban admirar, parecían dos soles apagados. El doblar de las campanas contestaba tristemente y desde léjos á los funerales cantos de los clérigos que precedían al ataúd. Imaginé que yo conocía á aquella niña; que la había amado con locura; que ella me había querido con delirio; que yo la había conducido al altar, á despecho de mil contrariedades; que ninguna dicha humana había podido igualar á la que habíamos disfrutado, ella, llamándome suyo, y yo, llamándola mía; y que ella ¡ingrata! me había dejado en el mundo, sin otra compañía que mis recuerdos y mi desesperación, y tendiendo sus alas de ángel, había volado al cielo, que era su patria.

Hecha esta fantástica elucubración, levantado ya el andamio moral, abrí los ojos, dí rienda suelta á los

sollozos que me ahogaban, y con el corazón desgarrado realmente por un gran pesar ficticio, cogí la pluma y, con mano nerviosa, escribí, mezclando con la tinta las abundantes lágrimas que resbalaban por mi rostro:

«Tú, dulce esposa, que mi pena miras,
Dile al Señor mi fervido deseo
De respirar las áuras que respiras....
¡Qué dichosa eres tú, que á Dios admiras!
Y ¡qué infeliz soy yo, pues no te veo!»

—¡Eureka!—exclamé cuando he escrito el último verso; y enjugándome los ojos y volviendo á mi primitivo buen humor, salí á la calle, dispuesto á buscar á mi amigo H, tan lúego como tomara un par de vasos del añejo para desinfectarme interiormente del olorillo á viudo que pudiera haberme quedado.

H no estaba en su casa: había ido al teatro, y allá me fui.

Representaban aquella noche *El nudo gordiano*, ese drama que siempre me hace pensar con Bentham que *prohibición de salir, es prohibición de entrar*; esa notable obra, á la cual, indudablemente, van á deber algunas solteras el quedarse para vestir santos. Había comenzado el acto segundo; yo me sé la obra de memoria, y á verla *ejecutar* por malos cómicos, preferí observar los involuntarios gestos que aquellos pensamientos llenos de verdad y de poesía arrancaban á algunas espectadoras.

¡Cuántas perversas infidelidades, cuántas negras ingratitudes, cuántas horribles historias sorprendí en el terror, en la vergüenza, en el anonadamiento con que muchas, muchas damas oían, sin querer escucharlos, los magníficos versos de Sellés! En cambio, sus maridos escuchaban, hechos unos bobos, y se sonreían como unos angelitos, admirando las bellezas de la obra, pero sin dirigir á sus hermosas mitades siquiera una mirada de desconfianza.

¡Oh, candor! ¡Oh, bienaventurada ignorancia, nunca bastantes veces alabada y bendecida!

Terminó el acto; busqué con la vista á H y, al fin, le ví tranquilamente sentado en una butaca. Llegué hasta él y, dándole una palmada en el hombro, le dije, rebosando satisfacción:

—Te andaba buscando.

—¡Hola! ¿eres tú?—me contestó friamente, poniéndose de pié.

—Yo, que vengo á cumplirte mi promesa. Aquí tienes el epi....

—¡Calla!—me interrumpió vivamente mi amigo, apretándome con fuerza la mano, que aún conservaba entre las suyas.

Y alejándose conmigo cuatro ó seis pasos de su asiento, prosiguió, acompañando sus palabras con un ademán misterioso:

—¡Que no se entere ésta!

—¿Esta...? ¿Quién es ésta?

—Mi mujer, hombre, mi mujer. Me he vuelto á casar.

—¡Ah! No sabía....

Entonces reparé en una señora, muy hermosa por cierto, que ocupaba la butaca inmediata á la de H, y que me miraba con esa descocada curiosidad que es patrimonio exclusivo del bello sexo.

—Eso no hace ya falta,—me dijo H, haciendo un esfuerzo por sonreírse.

—¿Eso...? ¿Qué es eso?—volví á interrogarle, no queriendo dar crédito á lo que oía.

—¡Pareces tonto!—exclamó H con impaciencia.—¿Qué ha de ser eso? ¡El epitafio!

—¡Ya...! ¿En vista de mi tardanza, has recurrido á otro amigo...?

—Nó, sino que he pensado que á los muertos nada les hace falta,—contestó H, ya con visibles muestras de mal humor.

—¡Bien hecho!—exclamé yo, haciendo á mi vez un esfuerzo por sonreírme.

En esto, la nueva esposa de H, con toda la empalagosa dulzura de las señoras que están en la luna de miel, y pensando quizás que entre su marido y yo mediaba algún asunto desagradable, dijo, con tonillo de niño mimado y voluntarioso:

—H, vén, con permiso de ese caballero.

—¿Quieres que te presente á ésta?—me preguntó entonces mi amigo, con acento en que se traslucía el temor de una contestación afirmativa.

—Otra vez será,—le respondí secamente.—Adios.

Y pensando en *aquella*, salí del coliseo como alma que lleva el diablo, repitiendo con desesperación aquellos dos versos del malogrado Bécquer:

—«¡Dios mio, qué solos.

Se quedan los muertos!» (1).

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN.

Julio, 1879.

JOSEFINA PASQUA

Tenemos entre nosotros á la simpática *diva* cuyo retrato damos hoy en preferente página de *La Ilustración*.

Aplaudida por el público sevillano, y siendo una de las *prima donnas mezzo-soprano* más apreciadas en España, faltáramos á un grato deber de galantería si, al mismo tiempo de dar su retrato, no facilitáramos á nuestros lectores curiosos detalles de su vida artística, que fueran como el complemento de las encantadoras líneas naturales que han inspirado á nuestro dibujante.

Gran cosecha de flores y aplausos espera á la Pasqua en la corta temporada presente y gratos recuerdos ha de llevar de la andaluza Sevilla: nuestros suscritores deben agradecerlos el obsequio.

Josefina Pasqua nació en Perugia el 24 de Octubre de 1853, é hizo sus primeros estudios bajo la dirección del Mtro. Corticelli, profesor del Conservatorio.

Á la temprana edad de catorce años debutó en la ópera de Verdi *Un ballo in maschera*, encargándose de la parte de *Paje* con brillante éxito. Después de este felicísimo ensayo, la célebre Piccolomini, que comprendió las notables disposiciones de la novel artista y los brillantes horizontes que se abrían ante ésta, la tomó bajo su protección, ofreciéndole su valioso apoyo para completar sus estudios.

En los siete meses que pasó al lado de la célebre artista adelantó Josefina notablemente, pasando después á Milan al lado de otra notabilidad, Catinga Evers, con la que completó sus conocimientos después de un asiduo y perseverante trabajo.

Muy pronto pisó la escena del teatro Foesati, de Milan, figurando, desde su brillante debut, entre las artistas más apreciadas; después fué escriturada en Parma, Palermo, Florencia, Varsovia, el célebre teatro de la Scala, París, Madrid, Niza, Ravena, Turin, Nápoles (en San Carlos), Boloña (Comunal), pudiendo contar del segundo punto citado tres escrituras, del tercero dos, del cuarto otras dos, y del célebre teatro de la Scala, tres.

La última vez que se presentó en dicho teatro, en unión de la famosa Patti, en la gran ópera de Verdi *Aida*, obtuvo un éxito verdaderamente colosal: aquel inteligente público la proclamó la primera *Annunziata* del arte.

Á contar desde este día, Josefina Pasqua figuró entre las primeras notabilidades del arte, y ha cantado siempre con ruidosos éxitos en los primeros teatros del mundo.

Últimamente tenía contrato para dos temporadas en Londres; pero, no hallándose bien en aquel clima, se decidió á rescindirle, prefiriendo nuestro cielo y nuestro teatro de San Fernando.

En la actualidad dispone de las siguientes contrataciones:—Teatro Fenice, de Venecia, y Liceo de Barcelona.

Sin embargo, nos consta que, si volviese la misma Empresa, vendría gustosa á Sevilla. Josefina prefiere cantar en España á cantar en otras partes, y ha aceptado siempre los contratos españoles con preferencia.

Sus obras favoritas, y en las que se distingue siempre ó arrebató al público, son: *Profeta*, *Favorita*, *Don Sebastian*, *Mignon*, *Barbiere de Siviglia*, *Saffo*, *Aida*, *Trovatore*, *Capuleti e Monteschi* y otras.

SALONES

La alta sociedad sevillana está de enhorabuena: en el breve espacio de quince días se han venido sucediendo casi sin interrupción los conciertos, festivales, saraos, bailes, etc., etc. Si el cielo permaneció encapotado durante los tres días de Feria; si el agua que caía á torrentes y que inundó las chozas y las elegantes tiendas de los casinos y particulares que se alzaban en el prado de San Sebastian hizo sospechar á más de cuatro encantadoras jóvenes que yo conozco, y á muchos trasnochados galanes, que á consecuencia de ella no podrían emprender sus proyectadas campañas durante tales días, bien pronto algunas almas caritativas, llevadas de un generoso impulso, trocaran la sombría realidad en rosadas esperanzas.

Tres agradabilísimas reuniones en el Casino Sevillano, dos en el Círculo de Labradores, un gran baile dado por la primera de estas Sociedades no há muchas noches, y los brillantes saraos con que los Marqueses de Gaviria y Sres. de Solís han obsequiado á sus amigos, pueden dar-

nos ligera idea del movimiento y animación que ha reinado en nuestro *beau monde*.

Si nos fuera posible coordinar todos los recuerdos que de tantas y tan *charmantes* fiestas se agolpan en estos momentos á nuestra imaginación; si pudiéramos transcribir el espléndido conjunto que en cada una de ellas se ofrecía á nuestros ojos, y si pudiéramos, por último, consignar, para mejor conocimiento de vosotras, algunas escenas que sorprendimos, algunos diálogos que *sotto voce* llegaron á nuestros oídos, y algunos elocuentes rasgos capaces de emular con los más señalados de los Romeos y Marsillas, tal vez llegaríamos á formaros aproximada idea de lo fecundas que han sido para los dos sexos las semanas pasada y actual. Voy á intentar, sin embargo de los temores que tan justamente me asaltan, una somera descripción de alguna de estas fiestas.

La Sociedad de nuestro casino no en balde ha adquirido su renombre de galante. El mismo día primero de Feria, en vista del aspecto amenazador que ofrecía el cielo, acordaba su diligente y celosa Junta directiva trasladar las reuniones que en el Real de la Feria habían de celebrarse á sus elegantes salones de la plaza del Duque. Con qué aplausos recibieran nuestras damas y señoritas tan halagüeña determinación, fácilmente se comprende, teniendo en cuenta que se hallaban casi convencidas de que las elegantes *toilettes* llegadas de Madrid y París no podrían ser lucidas en estos días, y lo que es aún más sensible, ciertos y ciertos proyectos que desde hace meses venían acariciando algunas de mis deliciosas amigas, caían por tierra cual torre de naipes.

En un momento, pues, renacieron todas las esperanzas, y los sombreros de Mme. Visot y los trajes del célebrísimo Wort se aprestaron y dispusieron para las reuniones.

La concurrencia durante las tres noches fué numerosísima, pues que no sólo la sociedad sevillana tomaba en ella parte, sino que también gran número de forasteros, entre ellos muchas amigas nuestras de Madrid. Próximamente á las dos de la noche terminaban, y durante ellas, lo mismo en los rigodones que en los walses, tomaban parte infinitas parejas, por lo cual excuso decir á ustedes el aspecto de aquellos salones.

No lo presentaron menos brillante las dos *soirées* del Círculo de Labradores: como por ensalmo se arregló y dispuso el local en breves horas, y á las diez de la noche del segundo día de Feria tuvimos ocasión de admirar dentro del espacioso salón formado en la planta baja del edificio una colección, verdadera muchadumbre mejor dicho, de bellísimas mujeres.

—¡Has visto—decía un galán á otro—qué hermosa es F.?

—Chico, admirable, magnífica.

—Creo, sin embargo, que su madre no te mira con buenos ojos.

—Todo podría ser....

—¡Y por qué?

—Pues nada; le han dicho que no puedo casarme....

—¡Ah!!!!!!

Este asunto, sin embargo, se ha arreglado: os lo comunico, pues será muy posible que por solas estas indicaciones lleguéis á averiguar quiénes son los ya favorecidos por la suerte, ó, mejor dicho, por la benevolencia de una mamá.

Desearíamos hablaros del gran baile del Casino, y de las reuniones Gaviria y Solís, con la minuciosidad que se merecen. No es posible; tengo que ceñirme á los estrechos límites de que dispongo, y sólo os diré cuatro palabras de la última de las *soirées* citadas. Los Sres. de Solís, como siempre, haciendo las delicias, por su galantería y finísimo trato, de cuantas personas tienen el placer de honrarse con su amistad. A las nueve de la noche veíase ya el vasto salón lleno casi por completo: una hora después, al bailar un rigodon, tuvieron que formarse varias tandas en los salones contiguos y antesalas. A la una de la noche todo había concluido, ménos el recuerdo de tan hermosas horas.

El día 29 tenemos las carreras de cintas; el 30 la gran rifa, de que tantas noticias nos proporciona nuestro estimado colega *Los Debates*, en el chalet de los señores de Rute, é inmediatamente después se inaugurarán las espléndidas *soirées* con que los mismos obsequiarán á sus numerosas relaciones. En vista de esta serie no interrumpida de diversiones, creo que bien he podido deciros al principio que estamos de enhorabuena.

Á medida que vayan ourriendo os dará cuenta de ellas

HERNAN.

SUMARIO

TEXTO.—Revista quincenal, por el Domine Lucas.—La isla de Chipre (traducción), por D. José Angel Seguí.—A mi querida sobrina E. V. de M. (poesía), por D.ª Antonia Diaz de Lamarque.—El Monumento del Dos de Mayo (soneto), por D. Luis Vidart.—Los pilluelos de Sevilla, por D. Benito Mas y Prat.—Un epitafio (conclusion), por D. Francisco Rodriguez Marin.—Josefina Pasqua.—Salones, por Hernan.

ILUSTRACIONES.—Sevilla: Puerta de los Palos, en la Catedral.—Josefina Pasqua, dibujo de D. T. Povedano (de fotografía).

SEVILLA.—Imp. y lit. de GIRONÉS, ORDUÑA Y CASTRO, Lagar 3.

(1) El epitafio que ha dado asunto para esta *Historia vulgar* ha sido utilizado posteriormente en el sepulcro de la Sra. D.ª Francisca Berrocal, mujer que fué de mi distinguido amigo el Sr. D. José de la Monja. Hácese aquí presente esta circunstancia para evitar maliciosas interpretaciones.